

## El otro gran hermano

Hace 10 años paseaba con mi amigo Nacho por Barcelona. Veníamos de un tuburio en el que sonaba insistentemente Whole lotta love y nos pusimos a hablar con unas chicas que recogían muebles de la basura. Aquello sucedía en la plaza George Orwell. Al cabo de un rato dejamos de charlar sobre los tesoros que la gente tiraba a los contenedores porque reparamos en algo que sí era auténtica basura: un cartel indicaba que se habían colocado cámaras de videovigilancia allí. Sí, algún fulano decidió, no se sabe si por ignorancia o por cinismo, instalar uno de los primeros ojos electrónicos en la vía pública precisamente en la plaza dedicada al autor de 1984.

En esta última década la videovigilancia se ha convertido en un tema recurrente en el arte. De hecho, quién se acerque estos días al barrio de Tetuán en Madrid se encontrará la instalación que el artista Spy con 137 cámaras de videovigilancia que no vigilan nada. Aunque puedo entender que a algún vecino esto les pueda parecer una tontería la obra da en el clavo. Al menos si hacemos la lectura de que la videovigilancia se ha convertido en un vicio que puede rozar lo absurdo.

Leo que al Ayuntamiento de San Sebastian le han dado un tirón de orejas porque han instalado cámaras de vigilancia en 90 autobuses. Incluso había paradas de tranvía que te vigilaban. Sí, así, como suena. Me ha extrañado mucho toparme con esa información. Lo de que haya cámaras por todas partes para controlarnos se ha convertido en algo tan común, tan asumido, que ya es difícil que sea noticia.

Además, lo de vigilar nos pone a todos un poco. Nos encanta cotillear con Google Street View, hacer fotos a desconocidos en el transporte público o rebuscar en Facebook esas fotos de aquella fiesta que un contacto no publicó pero que un amigo suyo sí que lo hizo. Ha hecho falta que se supiera que la NSA pinchaba el teléfono de Angela Merkel para que el tema del gran hermano volviese a la palestra. Aunque de forma bastante maquiavélica.

Desde que Snowden tiró de la manta y se refugió en la Rusia gobernada por un agente del KGB los medios vuelven a hablar de lo importante que es la privacidad. Se nos dice que tengamos mucho cuidado con internet porque es un territorio comanche plagado de espías, mafias y pederastas.

Pero, claro, hay una pieza que no encaja en esa ecuación: la de ese tipo con una cuenta de Youtube que en vez de dorar la píldora hablando de sí el periodismo tiene hoy sentido sale a la calle con una cámara y le fastidia a la policía la fiesta de las palos. Gracias a gente como él de vez en cuando dejamos de ver fotos de gatos en internet para enterarnos de que los polis, además de dar charlas en los colegios sobre los peligros de internet, también hacen chistes sobre lo cojonudos que van a quedar los manifestantes apaleados en las fotos. Veinte años después de 1984 un enjambre de tipos con cámaras y una conexión 3G han montado otro gran hermano, es el que vigila a los que pinchan tu webcam.

[www.elfotografico.com](http://www.elfotografico.com)

Ramón Peco - Fotógrafo licenciado en periodismo.



Plaza de toros, Puertollano 1956



José Rueda Mozos

Nació en Puertollano en 1918.

De formación autodidacta, inicia su labor como fotógrafo de prensa en el Diario Lanza en 1955. Puesto que desempeñará durante toda su carrera profesional.

En 1958 es nombrado corresponsal gráfico del semanario deportivo ARCO y en 1970 lo será de la agencia de noticias Europa Press para Puertollano y su comarca.

Ejerció como fotógrafo hasta 1980, año en el que murió en Puertollano a la edad de 62 años.



Mineros 1965.



Expenduria de carne de caballo, 1965.

## MIGUEL MORAYTA, el silenciado



En 1924 el ciudadrealeño Diego de Mazariegos provocó el suicidio de cientos de indígenas chiapanecos en el Cañón del Sumidero, durante la batalla de Tepechtlá. Los lugareños prefirieron una muerte digna antes de ser esclavos de la corona española. En enero de 1938 otro paisano, Miguel Morayta, defendía a los habitantes de Tarragona ante la llegada de las tropas fascistas del general Yagüe. El primero

pasó a formar parte de la estirpe de los conquistadores, el segundo pasó por campos de concentración en Francia y se exilió en México para siempre. Aun se habla en Ciudad Real del héroe de la matanza mexicana, le falta una estatua, la calle ya la tiene. De Miguel Morayta Martínez jamás habló nadie. No lo olvidaron, lo silenciaron, lo excluyeron.

Miguel se instaló en México DF en 1941 y allí se quedó hasta que murió en 2013 a los 105 años. Como otros expatriados españoles, la lucha por la libertad de su país fue una de sus preocupaciones constantes. Como persona trabajadora y honesta, el cine fue su profesión y su pasión. En sus películas encontraron trabajo cientos de deportados que como él, no quisieron quedarse en una España de sables y de sotanas. A otros los encumbró en sus carreras artísticas bajo su dirección.

Recopilar información, recuperar documentos en rincones de la capital mexicana, sumergirse en librerías de viejo y charlar días y noches con Miguel, tuvo como resultado la publicación independiente de dos libros sobre la obra y la vida de este director de cine. Domingo Ruiz Toribio, también paisano y cineasta, sacó hace años del ostracismo, que durante décadas le condenaron, al silenciado y excluido Miguel Morayta.

El 19 de junio de 2013, despedíamos a Miguel en Alumbresite proyectando un documental donde él era el protagonista y brindamos con tequila por lo que nos había dejado. Aunque no sea la primera exposición sobre su obra, el Colectivo fotográfico Alumbre cuelga ahora en sus paredes las fotografías y los carteles de sus películas que Domingo rescató en México.

Aunque Miguel ya murió su legado sigue vivo y vigente. Vaya por él este homenaje in memoriam y por todos aquellos que todavía siguen olvidados, silenciados y excluidos.

Manuel Ruiz Toribio/©ALUMBREfotografía

## LITERATURA y FOTOGRAFÍA

### El secreto de tu mujer

Se quisieron con locura. Pero ¿cómo decirlo, reconocerlo en público sin levantar sospecha hogareña? Convencido de su discreción, el director cambió el guión e introdujo a la bella bailarina en la trama de gánster. Ahora podía ver a la rubia recauchutada a diario. Las pruebas del castin justificaban horas diurnas y meses nocturnos de ensayo constante. Rejuvenecido, no le importó el rodaje ya comenzado: la rubia frecuentaba el plató con falda plisada, camisa estrecha y bailaba de aquí para allá, sonriendo a focos y extraños. El fracaso del filme -se dice- lo evitó la aparición de ella en la pantalla. A la siguiente película, el director, amante fotógrafo fiel, le reservó el papel estelar. La rubia bailaba y sonreía a cámara en cada escena, y a veces ponía morritos y a veces se recostaba sobre la cama del galán. Cuando el director llegó a saber del engaño, en silencio exclamó: "Que el tiempo nos recueste... de nuevo" y se dispuso a corregir el guión, aventándola a la más oscura de las muertes a la mañana siguiente.

Gonzalo Hernández Baptista  
[doctorando de Literatura en Univer. de Kentucky]